

BREVIARIOS DE LA
FUNDACIÓN
“ANTONIO PEREIRA”

6

LOS MÉDICOS LEEN
A
ANTONIO PEREIRA

JESÚS VIÑUELA LOBO

DAVID SANTAMARTA

JOSÉ MANUEL CAUNEDO GARCÍA

ANTONIO MARTÍNEZ LLAMAS

CLEMENTE GONZÁLEZ ARABIO

Presentación y edición

JOSÉ ENRIQUE MARTÍNEZ

Los médicos leen a Antonio Pereira / Jesús Viñuela Lobo ... [et al.] ; presentación y ed. José Enrique Martínez. – [León : Universidad de León : Fundación Antonio Pereira, 2014]

98 p. ; 16 cm. – (Breviarios de la “Fundación Antonio Pereira”; 6)

ISBN 978-84-9773-675-6

1. Pereira, Antonio (1923-2009)-Crítica e interpretación.
2. Médicos en la literatura I. Universidad de León. II. Fundación Antonio Pereira. III. Viñuela Lobo, Jesús. IV. Martínez Fernández, José Enrique

821.134.2 Pereira, Antonio 1.07

82:61

61:82

ISBN: 978-84-9773-675-6

Depósito Legal: LE-313-2014

Imprenta Kadmos

Salamanca 2014

Índice

PRESENTACIÓN

Los médicos de Antonio Pereira

José Enrique Martínez 9

Antonio Pereira en “La divisa en la torre”

Jesús Viñuela Lobo 47

Tres poemas de Antonio Pereira que forman
parte de mi vida

David Santamarta 53

Nacimiento y consolidación de una amistad

José Manuel Caunedo García 59

Potenciales evocados

Antonio Martínez Llamas 71

A don Antonio Pereira González

Clemente González Arabio 89

PRESENTACIÓN

LOS MÉDICOS DE ANTONIO PEREIRA

Como Antonio Pereira era un hombre con mala salud de hierro, visitaba a los médicos con una frecuencia cada vez mayor a medida que iba cumpliendo años y los achaques minaban su buen porte y su salud. No sé si, además, era aprensivo o no lo era. Lo que sí sé, y saben todos los que lo trataron, es la facilidad de Antonio para la conversación amigable, inteligente, aguda e ingeniosa, impregnada de complicidades y de dejos humorísticos que hacía de cualquier reunión una fiesta capaz de ganarse al más ceñudo. La conversación con Antonio Pereira, siempre cercana y grata, lo convertía de inmediato en hombre fiable al que en

la despedida, si antes no, se le podía dar la mano de amigo. Entre los amigos había un lugar especial para los médicos, para sus médicos, con los que estableció una relación cordial y confiada. El 8 de mayo de 2013 se reunieron cinco de ellos en mesa redonda para hablar de aquel paciente ilustre que, además, fue su amigo: Antonio Pereira. Este breviario titulado *Los médicos leen a Antonio Pereira* recoge aquellas intervenciones. Pero esta introducción quedaría coja si no aludiera previamente a los cuentos de Pereira relacionados con la medicina, los ambulatorios y los médicos. Es lógico que tales asuntos pasaran a su narrativa. Antonio Pereira transformó en literatura buena parte de sus experiencias personales. Los lectores de Pereira sabemos que, con inigualable maestría, supo nutrir su poesía y su narrativa con la sustancia de la vida. En sus manos o en su pluma cualquier anécdota, por nimia que fuera, convenientemente aderezada, podía convertirse en materia literaria. Pero antes de tratar de la materia médica presente

en los relatos y en la poesía de nuestro escritor, me referiré, con brevedad, a su cuentística en general, pues, al fin y al cabo, los cuentos médicos son unos más de los muchos que escribió y publicó Pereira.

Antonio Pereira cosechó excelentes frutos en los diversos géneros que cultivó, y pese a la calidad incuestionable de su poesía, la mayoría de los lectores estaríamos de acuerdo en que la cima la alcanzó con el cuento; más aún, podríamos afirmar, sin hipérbole, que se trata del escritor español de cuentos que presenta todavía una mayor singularidad y originalidad, sin que por ello deje de parecernos un narrador cercano, con el calor que puede desprender la palabra de sabor oral, conversacional, hablada, de sus relatos. El hondo humanismo que los impregna, la actitud comprensiva en la convivencia con los semejantes y la pulcritud formal crean una especie de simpatía sentimental con el lector, un lector atraído por la intimidad de la palabra que parece que le llega al oído o al alma como si le hablara un amigo con el ingenio

a punto para sorprenderlo y con un poco de malicia para regocijarse juntos; es el lector cómplice, con el que Pereira contaba a la hora de escribir sus narraciones.

En otra ocasión escribí que los cuentos de Antonio Pereira son verdaderas obras maestras que destacan por su fina ironía, por el erotismo tenue que los impregna, por la ambigüedad abierta a fértiles sugerencias, por las sencillas sorpresas que dentro de lo cotidiano nos salen al paso, por la impresión de ternura y de cariño que se desprende de sus personajes, por ese tono de susurro, como dicho al oído, con el que el lector parece estar escuchando la voz de un amigo malicioso y regocijado que recuerda anécdotas comunes, por el ingenio de la frase certera y por el humor benevolente. Las palabras anteriores sintetizan mi visión de los relatos de Antonio Pereira, pero no agotan ni sus cualidades ni sus aspectos más llamativos. Uno de estos es, indudablemente, la mezcla de cosmopolitismo y de entrañamiento con el mundo propio,

con el mundo vivido y querido; esa mezcla da a los relatos de Pereira el aire de amigo ingenioso que conoce mundo y que siempre tiene algo que contarnos tanto de su pueblo como de lo que vio y vivió en sus viajes a los lugares más insospechados. Un cuento puede comenzar diciendo que “en materia de flores, nunca me impresionó tanto la demasía como en la casa de Arganza, cuando las camelias para Obdulia” o “fue en Brasil, en el mato”; puede concretar que “esta historia es una anotación, sin enmiendas ni raspaduras, de una noche leonesa”, que “en Palencia hay poetas muy buenos...” o que “a Truman Capote llegué a conocerlo a tiempo”. Lo anterior nos indica la importancia que el espacio tiene en los cuentos de Pereira. Raramente deja de sugerir el lugar donde al acción sucede o de nombrarlo directamente. Pueden ser Villafranca o Moscú, Corullón o París, Brañuelas o Madrid, Peñalba o Acapulco, Ponferrada o Perugia, Cambados o Buenos Aires. Si de la poesía de Pereira se ha dicho que proporciona

una sensación de vecindad, los relatos disponen de la extraña cualidad de hacernos sentir cercanos los espacios más alejados, acaso porque Pereira cuenta las cosas más sorprendentes como si fuera lo más natural del mundo. Si lo anterior es verdad, también lo es que el cosmopolitismo de los relatos de Pereira no impide afirmar con rotundidad que la mayor parte de su narrativa respira el aire del Noroeste de la Península. Se crea un clima, un ambiente familiar para el autor y reconocido por el lector; no necesita nombrar el lugar; como lectores habitamos en él, porque es algo sugerido, una forma de ser, de andar o de expresarse. En eso reside tal vez la familiaridad del lector con el mundo narrativo pereiriano, que comenzó con *Una ventana a la carretera* (1967), ya en plena madurez del autor, que había conseguido con él el premio “Leopoldo Alas” de cuentos. En 1976 alumbró Pereira uno de sus libros mayores y, a la vez, de inusual complejidad narrativa, *El ingeniero Balboa y otras historias civiles*, cuatro relatos relati-

vamente extensos en los que el autor daba cuenta de que podía ir más allá del relato breve, sencillo y realista del libro primero. Era épocas de experimentación formal y había que estar a la altura de las circunstancias. A partir de aquí, Antonio Pereira ya no tenía que demostrar nada, por lo que sus libros adelgazan la materia narrativa hasta llegar en *Las ciudades de Poniente* (1994) a un admirable despojamiento, visible en la brevedad del relato y en la austeridad del lenguaje. Los demás libros de cuentos llevan estos títulos: *Historias veniales de amor* (1978); *Los brazos de la i griega* (1982), *El síndrome de Estocolmo* (1988), *Cuentos para lectores cómplices* (1990), *Picassos en el desván* (1991), *Las ciudades de Poniente* (1994), *Relatos sin fronteras* (1998), que acoge un cuento de *Una ventana a la carretera*, cuatro de *El síndrome de Estocolmo*, cinco de *Picassos en el desván* y otros cinco entonces inéditos, *Me gusta contar* (1999), amplia selección personal de sesenta y siete cuentos de diferentes libros, con algún inédito, además de proponer un

curioso “decálogo para cuentistas”, a la manera de Horacio Quiroga, en el que puede cifrarse el entendimiento pereiriano del cuento como una historia que trascienda la mera anécdota, contada con economía narrativa y perspicuidad, cuidando especialmente la técnica en el inicio del relato, la atención del lector y la voz ficticia del narrador, de la que debe emerger una actitud cordial y amistosa, *Cuentos del medio siglo* (1999), reedición de *Una ventana a la carretera* más “otros cuentos de entonces”, éstos en número de cuatro, *Cuentos de la Cábila* (2000), con treinta y un cuentos en los que la ficción se sobrepone a la vivencia autobiográfica, *Recuento de invenciones* (2004), que, en edición de González Boixo, es una selección cronológica de cincuenta y seis cuentos procedentes de los diferentes libros del autor, *Clara, Elisa, la teta de doña Celina, mujeres* (2005), selección de cinco relatos sacudidos por la tonalidad común de la sensualidad femenina, las antologías *Oficio de volar* y *Cuentos del Noroeste mágico*, las dos de 2006, y *La*

divisa en la torre (2007), que es el último libro de Antonio Pereira, compuesto de cincuenta y ocho nuevas narraciones.

En este admirable conjunto, lo más perceptible a la vista es quizá el progresivo adelgazamiento de la materia narrativa, como ya manifesté líneas atrás, hasta llegar a un desnudamiento que se configura como una de sus principales características de la narrativa de Pereira, a medida que iba acrecentándose en cantidad y calidad. El mayor adelgazamiento del discurso narrativo tiene como contrapartida un campo más amplio a la sugerencia, al ingenio, a las alusiones veladas, a los finales sorpresivos y, como consecuencia, a la colaboración del “lector cómplice” que rellenará los vacíos de la narración, que repondrá las piezas que faltan, que concretará indeterminaciones y compartirá las experiencias del narrador. Como es bien sabido, muchos cuentos de Pereira -y sobresalientemente los de *La divisa en la torre*- se cimientan sobre una anécdota menuda, que en la pluma de otros

no hubiera pasado de simple chascarrillo de salón; la anécdota simple elevada a obra artística es propio de un escritor con la mirada atenta y con gran capacidad de observación, volcada ordinariamente sobre gentes sencillas y oficios corrientes, sobre hechos y sucesos que a otros les pasarían desapercibidos: así, algunos cuentos pueden ser noticias periodísticas apenas o levemente retocadas, como “Una novela brasileña”, en portugués, además, dentro de *Los brazos de la i griega* o como “Picassos en el desván”, en el libro de igual título. Realidad y ficción se combinan, por lo tanto, en una mixtura perfecta. Personajes y situaciones de la vida diaria alcanzan categoría literaria; la verdadera novela, parece decirnos Pereira, habita entre nosotros: “Una vez estaba el novelador en una ciudad lejana y prometedora de fabulaciones...”; así comienza “Picassos en el desván”, cuyo mensaje no es otro que el antedicho: la verdadera novela sucede todos los días: ¿qué mayor argumento novelístico puede haber que el hecho de que en el trastero del difunto

párroco de una aldea gallega aparezcan tres picasos? Otro aspecto que vamos sorprendiendo en los cuentos de Pereira es que, a medida que pasan los años, en los nuevos cuentos que van sucesivamente apareciendo, lo literario tiene mayor cabida cada vez, desde los propios títulos de los relatos, como sucede en “Truman Capote cuenta un cuento”, de *El síndrome de Estocolmo*, “Una fobia de don Jorge”, de *Las ciudades de Poniente*), cuyo protagonista es Jorge Guillén, o “La visita a Velintonia”, de *La divisa en la torre*, con Vicente Aleixandre como personaje. Junto a este aspecto más culto y literario, conviene reiterar el lado coloquial de los cuentos de Pereira, con frases traídas de la calle, del café, de la vida diaria, lo que contribuye a aproximar el narrador al lector y a dar a sus cuentos un aire oral cuyo origen se remonta a la misma infancia villafraquina del escritor. ¿Y cómo dejar a un lado el humor de sus cuentos? El ingenio, el humor y el erotismo son evidentes y campo abonado para la crítica, que ha observado la capacidad del autor

para la invención o la recreación de historias, la viveza para intuir el lado gracioso o sorprendente de las cosas y de las personas, la habilidad para armar el artificio narrativo de un relato con alusiones maliciosas y elusiones llamativas que proporcionan al relato una eficaz economía narrativa. El humor es una vena de agua que recorre buena parte de la narrativa breve de Pereira. Tanto los asuntos más triviales como los más serios pueden ser observados desde una perspectiva humorística en la que advertimos la agudeza en la observación y la chispa expresiva del autor. Por otra parte, es evidente el erotismo de muchos de sus cuentos, un erotismo suave que insinúa más que dice, que sugiere más que concreta, como si una tela sutil dejara entrever o imaginar las formas que recubre. Aunque el humor y el erotismo no van necesariamente juntos, a menudo el erotismo crea situaciones regocijantes. Antonio Pereira encontró la palabra adecuada para el erotismo insinuativo de sus narraciones: “erotismo diocesano”.

Los anteriores son rasgos que configuran un universo narrativo singular y reconocible en el contexto literario de nuestro tiempo, un universo narrativo lleno, como he indicado, de equívocos, ingenio, humor e ironía benevolente, pronta a disculpar vicios, defectos, manías, caprichos y extravagancias de los personajes.

Hay otro aspecto último al que me referiré: para muchos lectores y críticos, cuento y poesía comparten una serie de rasgos, entre otros, la brevedad, pero también, la intuición, la capacidad de sugerencia, etc., etc. Ahora que está de moda, y acaso para permanecer, el llamado microrrelato, conviene manifestar no sólo la brevedad (o hiperbrevedad, como algunos prefieren) de muchos cuentos de Pereira, sino el hecho de que entendiera el autor que algunos de los más cortos eran verdaderos poemas, dignos de ser incluidos en su obra poética junto a las composiciones en verso. Así lo hizo cuando en *Meteoros* (2006), título de su poesía completa, incluyó cuatro de aquellos,

todos de *Picassos en el desván*. Si Juan José Millás llamó “articuentos” a los microrrelatos que él publicó en la prensa, porque participaban tanto del artículo ensayístico como del relato, los microrrelatos citados de Pereira bien podrían llamarse “poecuentos”, una forma híbrida de elementos narrativos y líricos.

En fin, queda aquí escrita una nueva síntesis de lo que representan los cuentos de Antonio Pereira: sentido de la composición, finura, finales sugerentes, elevación de la anécdota a rango literario, cercanía comunicativa, guiños amistosos, complicidad con el lector, capacidad para sorprender el lado gracioso de las cosas o de los hechos, erotismo lleno de sobreentendidos y fantasías, gusto por las historias que le salen al paso a un narrador que no es mero observador o testigo de lo que cuenta, sino que aparece implicado en la acción y en el tratamiento de la materia narrativa; son estas algunas de las cualidades narrativas que podemos observar leyendo *Todos los cuentos* (2012), el voluminoso li-

bro que recoge la producción cuentística completa de Antonio Pereira. Y son cualidades que, como es lógico, destacan también en sus cuentos de materia médica a los que ahora voy a referirme, no a todos, pues no pretendo ser exhaustivo ni agotar el tema. Y lo haré siguiendo el orden cronológico de aparición.

Uno de los cuentos más logrados de Pereira es el que comienza: “Lena. Lena. Ahora que espero en la UVI de la Concepción que es una antesala donde un hombre no puede hacer otra cosa que esperar...”. Se trata de “El ingeniero Balboa” el último de los cuatro relatos de *El ingeniero Balboa y otras historias civiles* (1976), segundo libro de relatos del autor e inusualmente largo de andadura. Sí, el enfermo de la UVI no otra cosa puede hacer que esperar, o que rememorar, pues es “un hombre gastado, pero memorioso”, al que le acucia el recuerdo de una historia amorosa que acaso lo ha turbado a lo largo de su vida y que ahora evoca con múltiples recursos formales muy en boga en

aquellos años de experimentos narrativos, indudablemente complejos para un lector poco avezado, lo que hace más apremiante el reclamo del lector cómplice. Pero, en realidad, el extenso relato, aunque ocupe la mente del narrador en la UVI, se desliza por caminos ajenos a lo hospitalario.

La enfermedad, la agonía y la muerte tejen “Obdulia, un cuento cruel”, de *El síndrome de Estocolmo* (1988). La crueldad del cuento proviene de una agonía que dura más de lo previsto por la abuela Társila, que ha encargado enorme cantidad de camelias para el velatorio y el entierro y ve cómo están a punto ya de marchitarse. La enfermedad de Obdulia (“Oímos decir que una congestión. Que una pulmonía. Que una pleuresía”) convoca los cuidados prescritos por los médicos (“A lo largo de aquellas semanas habían visitado a Obdulia todos los médicos del país”) y los remedios caseros tradicionales: la abuela del narrador “le subía a Obdulia los caldos, siempre estaba subiéndole caldos, ponches y brazadas de sábanas

para mudarle la cama”. Ningún remedio sacó a Obdulia de las garras de la muerte. La fragilidad y la delicadeza tanto de la enferma como de las camelias abocan indefectiblemente hacia la muerte en un cuento de extraordinaria factura.

También a *El síndrome de Estocolmo* pertenece otro hermoso relato: “La hija del general”, que podemos emparentar con “La tuberculosis” de *Cuentos de la Cábila*, debido a la enfermedad que padecen sendos protagonistas. “La hija del general” transcurre en la inmediata posguerra, época de racionamientos y requisas. Ajeno al humor que gravita en muchos de los cuentos de Pereira, en este domina un leve erotismo, una tonalidad melancólica y la desilusión de un amor en ciernes.

Por el ambulatorio local pasa “La barbera alemana” en el cuento así titulado, del libro *Picassos en el desván* (1991). El narrador necesita razones para justificar que una peregrina teutona, y como tal fornida y rotunda, decida aposentarse como

barbera en una villa del Noroeste bajo cuyas señas no es difícil adivinar a Villafranca del Bierzo. Entre la barahúnda de jóvenes que acuden a Santiago, sin duda con motivo del año jacobeo, la alemana se queda rezagada “por culpa de una vejigas plantares que le habían empezado al caminar por la Rioja”. Así que “en el ambulatorio tuvieron que rajarle la lona de las botas”. Más aún, había sufrido “una insolación de muerte” que la hizo delirar por la fiebre. Cuando salió de ella, el jubileo había terminado y había vuelto la tranquilidad habitual a la villa en la que la peregrina alemana se había acomodado de rapabarbas. Es conveniente dejar aquí el cuento. La sorpresa final, que nada tiene que ver con asuntos de enfermedades o de ambulatorios, “cuesta trabajo creer”, como el propio relato indica. Al lector interesado le espera algo muy frecuente en los cuentos de Pereira: una vuelta de tuerca que encamina el cuento por cauces inesperados.

El carácter de un hombre se manifiesta, sobre todo, en los momentos difíciles. El tío Enrique, “El terrible” de *Las ciudades de poniente* (1994), no decayó de su arrogancia, de su egoísmo y de su acostumbrado autoritarismo ni siquiera cuando se vio en la clínica con una pierna rota por la caída del caballo. “Los médicos eran tolerantes. Una enfermera veterana, algo miope, estaba animándolo a hacer un movimiento y le llamó abuelo, se lo llamó con cariño, y a la mujer debió helársele la sangre al sentir la mirada que le mandó el paciente”. La rehabilitación a la que, contra su voluntad, tuvo que someterse, fue quizá la primera quiebra de su orgullo. Pero, siempre, bajo la piel de la soberbia, del ordeno y mando, se esconde una fibra sentimental. Bajo su apariencia de hombre de carácter terrible, el tío Enrique ocultaba un fondo de ternura que se manifiesta como momentánea y fugaz emoción en las últimas líneas del relato.

“Una mañana indiferente en que el ambulatorio despachaba la retahíla cansina de diarreas de

niño y alguna vejiga de viejo y catarros banales que las devotas del seguro llaman andancio, una mañana de esas llegó un hombre joven con su volante y se puso a esperar en el banco alargado como de estación de autobuses”. El joven tenía “La enfermedad”, que así se titula el cuento, también de *Las ciudades de poniente*. La enfermedad que no se nombra, pero se teme, es, sin duda, el SIDA, estigma social en sus inicios, y que se diagnosticaba en personas de todo tipo, inexplicablemente, pues en este caso “se trataba de un muchacho del centro de la ciudad, hijo de familia y de buenas costumbres”. Constaba en los datos clínicos “sin causa conocida”, y dada la alarma social que provocaba, “sólo las personas indispensables lo supieron y los médicos fueron como confesores, según los juramentos de su religión”. No tardó en reaparecer la enfermedad: “El segundo caso vino rápido y fue algo diferente. Una mujer casada de los arrabales, también de vida honesta”, pero que acabó abandonada por el marido, al que “no le hu-

biera importado que su esposa quedara coja, ciega, lo que fuera, pero que él no podía sufrir que su esposa tuviera la enfermedad”. El aislamiento al que la ciudad somete a los dos enfermos sólo lo remediará el amor entre ambos. Pero esta es otra historia, la que devuelve a los protagonistas a una cierta normalidad de costumbres.

“Pero dejémonos de subterfugios, estamos hablando de Astorga”. Así termina un cuento que es una verdadera joya, “El oculista”, de *Relatos sin fronteras* (1998). Pereira ha ido ocultando la ciudad de referencia bajo la marca A***, conforme era frecuente cuando no se quería declarar el lugar de la acción o la persona protagonista del relato. Pero Pereira, a esas alturas, manejaba habilidosamente todos los trucos del oficio, hasta el punto de contar con ellos para finalmente desmentirlos. Pues es en Astorga, por lo tanto, donde el narrador ha recuperado la vista merced a la destreza de un oculista que era “un prodigio para las retinas, cuando no había ecografías ni láser ni nada de lo que ven-

día después”. El narrador relata la técnica sencilla, aparentemente sencilla, puesto que el oculista no concede mayor importancia a su arte: “Le das la vuelta al ojo, abres una ventanilla minúscula, y sin apenas instrumentos ejecutar la suerte suprema de pegar y coser y terminar con una puntadita, la famosa puntadita de Carulla”. Lo cierto es que el oculista decidió vivir en la pequeña ciudad, en la casa solariega, negándose a trabajar en la Seguridad Social y a figurar en entidades médicas. Lo hacía en un sanatorio privado, sin olor a hospital, “una especie de hotel de dimensiones razonables, como para canónigos estables o viajeros de buenas firmas”. Tras la operación, el narrador volvió a la ciudad obispal en varias ocasiones y aprovechaba para visitar al oculista en su propia casa; en una de esas visitas, el doctor, ya jubilado, le hizo una confidencia referente a un matrimonio americano: el esposo se empeñó en ser operado por el oculista provinciano, con la afirmación de la mujer de que su marido no aceptaría vivir si sus ojos no

podían verla. El oculista logró, en efecto, devolverle la vista con la que podría volver a mirar a su mujer mexicana. Pero el narrador pudo saber la obsesión posterior del oculista, justamente en el momento en el que el cuento da ese quiebro inesperado con que Antonio Pereira suele finalizar muchos de sus relatos: el doctor entreabrió la puerta de la habitación del enfermo y esto fue lo que vio: “La mexicana estaba de pie, desnuda de cintura para arriba y con los brazos alzados para soltarse el pelo como en una pose. El convaleciente, sentado en un sillón, la miraba y la veía con sus ojos recién recobrados, y unas manos temblonas se alargaban hacia la forma suavemente dorada, pero sin tocarla”. El oculista no podrá olvidar nunca aquella escultura azteca que exhibía “un medio cuerpo de mujer como nadie verá jamás en un museo”. Sensibilidad, imaginación, fervor humano y una muestra más del “erotismo diocesano”, fino, delicado e insinuante de nuestro escritor.

“Nos lo tenían advertido. El vicio solitario le auguraba al contumaz dos consecuencias nefastas: la miopía y la tisis. Para nada me acordé de esos sermones cuando me encontraron unas dioptrías en cada ojo, pero tiempo después, al coincidir ese estigma con una cosa de pulmón, pensé que muchas miradas me señalarían. Y no es que no hubiera motivo. En el pecado de Onán, yo, ni pasarme ni demasiado poco: lo corriente”. El comienzo de “La tuberculosis”, en *Cuentos de la Cábila* (2000), retrata aquella época de oscurantismo en la que desde los púlpitos -en sermones, ejercicios espirituales y demás ritos de la iglesia- los curas amenazaban con penosas enfermedades a los que se dejaban llevar por lo que llamaban, en efecto, el vicio solitario. Pero el protagonista y narrador del cuento de Pereira no va a ocultar su enfermedad pulmonar con ningún eufemismo, pues al fin y al cabo era una enfermedad con prestigio romántico que daba al enfermo una aire de melancolía y cierto éxito con las mujeres. La tuberculosis, cu-

yos remedios no eran otros que reposo y aire puro, le permite al enfermo saborear ciertos placeres, como el disfrutar de la mejor habitación de la casa, disponer de tiempo para leer y escribir y para sorprender los sonidos de la noche. En una de estas la fiebre subió hasta sumirlo en el delirio y sentir en las venas “el dulce mareo de la muerte”. Lo cierto es que despertó y se sintió bien. El médico le aseguró: “La lesión está cerrada y lleva tiempo curada”. No cabe duda: era un enfermo aprovechado.

La divisa en la torre (2007) es el último libro de cuentos que Antonio Pereira escribió y publicó. Tanto en él como en el anterior, *Cuentos de la Cábila*, el sabor autobiográfico es mayor que en cualquiera otro título, de modo que escritor y narrador viene a confundirse. En *La divisa en la torre* podemos observar, mejor que en ningún otro libro de Pereira, la habilidad para hacer de un embrión anecdótico una pequeña obra de arte. Y, al igual que en las demás obras del villafranquino, reconocemos lo que significa el humanismo más hondo

en la convivencia amistosa con los semejantes, la simpatía sentimental, los guiños y sobreentendidos, la gracia maliciosa y ese gusto por contar historias menudas con las que ha sabido construir su obra, hoy ya conclusa y definitiva. No es menos verdad que el primer relato del libro, titulado como el libro mismo, “La divisa en la torre”, es el de mayor enjundia, como sabía el propio Antonio Pereira, que lo situó a la cabeza del conjunto al que prestó su título. Sugerente, delicado y lírico, “La divisa en la torre” es un magnífico relato, verdadera síntesis de las dotes narrativas de Antonio Pereira. El joven protagonista va a pasar en Cambados los últimos días de una vida cuyo final intuye cercano. Allí es invitado a visitar a los señores del palacio, donde el ambiente es grato y sencillo y donde se cultiva el arte, la poesía y el afecto hacia los invitados. Allí recitó el joven su poema sobre la muerte (Pereira lo había escrito para el *Cancionero de Sagres*, de 1969), con el rotundo final que le sirvió de terapia: “Si yo no sabré mi muerte, /

digo que no moriré”. De terapia le sirvió también el saboreo del vino que se hacía en palacio y que le llevó a pensar que “por hacerme bien, los médicos me habían robado la vida”. Pasaron los años. Aquel joven peina canas, pero sigue evocando a la señora del palacio que le señaló al marchar la divisa de la torre: “Osar morir da la vida”.

“La hipocondría”, también de *La divisa en la torre*, es un buen ejemplo de cómo una anécdota personal puede convertirse en cuento literario. Evoca el rodaje de la película “El Filandón”, las aprensiones y temores del narrador ante el frío invernal “en parajes de la alta montaña leonesa”, con lluvia tal vez y nieve: “Llevé el termómetro, llevé unos supositorios”. Todo salió bien, pero al regreso a Madrid visitó al médico habitual, “a mi médico”: “Obviamente, ni palabra de aquel rico bacalao sin duelo de la sal; ni del botillo y los chorizos con pimientos picantes; y menos aún de mis bronquios a diez grados bajo cero en los exteriores”. El médico aseveró: “Está usted muy bien, el

electro y la tensión mejores que nunca, cómo se nota cuando me sigue usted el régimen”. La gracia del cuento resulta del contraste entre lo sucedido y lo que el médico ignora que sucedió, así como del resultado del análisis, que parece demostrar que lo prohibido por el médico es, contrariamente a la lógica, a lo esperado, extraordinariamente provechoso para la salud. La gracia en el contar y el lado pícaro, travieso y regocijado de Pereira se muestra palpablemente en este cuento.

El último cuento lo escribió Antonio Pereira en 2008. Quedó fuera de sus libros. Hoy cierra *Todos los cuentos*: “Bradomín” es un título que evoca muchas de las devociones permanentes de Antonio Pereira: su querencia por el noroeste, por las ciudades de poniente, su gusto por el mundo valleinclanESCO, su interés por partir de lo literario para crear una nueva ficción, su destreza para elevar a cuento literario una anécdota leve y, en fin, su aprovechamiento de la materia médica para dar cuerpo al relato; añadamos otros aspectos re-

conocibles en la obra narrativa de Pereira: brevedad, insinuación, sensualidad... El relato discurre en una clínica. El narrador llega del quirófano, operado de una rodilla, y tiene como compañero circunstancial de habitación a “un demente senil” que se figura ser el Marqués de Bradomín. ¿Qué mejor ocasión para que el narrador viva el tiempo de cura como una ficción?; aquel otro “resultó un doble fantástico de mi admirado Bradomín”, hasta el punto de que incluso soltó una lágrima al recordar a “la pobre Concha, su amante moribunda en el palacio de los Brandeso”. El aire pícaro que Pereira insufla a sus cuentos proviene de esta simple frase: “No quiso contestar cuando le pregunté si realmente habían sido siete los copiosos sacrificios que ofrendara a la Niña Cole en solo una noche, tórrida”. La ficción termina cuando “dos mozos fornidos con batas blancas” conducen al Marqués hacia un psiquiátrico y devuelven la ficción a la amarga realidad.

La calidad de sus relatos puede dejar en lugar secundario, injustamente, otra de las facetas de la escritura de Antonio Pereira: la poesía. La poesía anida en muchos de sus relatos, pero específicamente en sus libros de versos. Ni es el momento ni es el lugar de extenderse sobre este bien abonado campo pereiriano. Citaré sus poemarios: *El regreso* (1964), poetización del retorno a lo cercano, a la vecindad, a la amistad, a la compañía, a la costumbre; *Del monte y los caminos* (1966), otro retorno, esta vez al mundo del trabajo familiar y vecinal, a “la pequeña historia de la gente sufrida”; *Cancionero de Sagres* (1969) poetiza un viaje a la vecina Portugal, con la percepción de que el viaje tiene sentido porque se regresa a la costumbre, a los amigos...; *Dibujo de figura* (1972), con libertad de verso y ritmo, con tono narrativo y coloquial, con sentido crítico de la realidad, dejos de ingenio y fino erotismo; finalmente, *Una tarde a las ocho* (1995) y *Viva voz* (2006), que conjugan los varios modos de la poesía pereiriana. Todos ellos y

algunas series más fueron recogidos en *Meteoros. Poesía, 1962-2006* (2006). Aunque es difícil sintetizar los rasgos que comprometen a toda su poesía, sí puede afirmarse que Pereira es un poeta siempre cercano, que parece pedir compañía, y para quien el entorno vecinal le ofrecía seguridad vital y calor humano; poeta formalmente esmerado y atento siempre a guardar su independencia frente a grupos o tendencias, desarrolló su obra lírica por libre, por lo que no le encontramos parecidos evidentes con otros poetas de su tiempo. Destaca su poesía, por lo tanto, por su singularidad u originalidad. Por otro lado, el poeta Pereira ejerce la misma simpatía sentimental con el lector que en sus cuentos, ese lector al que, como ya indicamos, le va a cantar o contar algo desde la confianza, la cordialidad y el afecto, llevándolo con ingenio y maestría a su terreno, bien con un aire delicadamente melancólico o con un dejo de graciosa travesura, según convenga.

Pero si en los relatos de Pereira la materia médica es relativamente fecunda, no sucede lo mismo en su poesía, aunque en “Oración”, de *Una tarde a las ocho*, le agradezca a Dios que no le haya hecho cirujano ni conductor del autobús escolar, dadas sus aprensiones y temores por cuestiones de menor importancia. La sombra de la muerte, entre la ternura y el recelo, asoma en el final del poema: “Te pido que un ratito te quedes responsable / que aguantes todo esto mientras voy a un recado / y cualquier día no vuelvo”. La salud se iba quebrando y el cuerpo, antes altivo, empezaba a sentir el peso de los años, “el mareo dulce de las vértebras / cuando vacilo en los pasos de cebra” (“Centenario”, de *Una tarde a las ocho*). Es en el libro último, *Viva voz*, donde aparece el poema “Ambulatorio”, que responde, sin duda, a sus experiencias de enfermo que frecuentaba dicho lugar. En él sorprendemos el aprecio por los médicos (“doctora mía”) y la confianza que en ellos ponía, el contraste entre la frialdad del ambiente (“Ese reloj tan frío”) y la

angustia o el miedo de los pacientes, y, finalmente, el temor del sujeto, perfectamente identificable con el autor, a que las palabras que escribió con pasión y esfuerzo, y que ama con su misma sangre, se vendan un mal día a bajo precio, como malbaratada mercancía pública:

AMBULATORIO

*Ese reloj tan frío que miras y él te ignora
Tanta espera y vienes del insomnio
a usted doctora mía a pedirle recetas
por cuenta del gobierno antes de que se acaben
Mire por el cristal hay negros esperando
cola de envejecientes y niñas asustadas por la píldora
del día después.
Mi entresueño es un sudor que ya no encuentra manta
la bandera que acaso repartan sus colores
y peor el espanto tengo que confesarle
de que hagan almoneda de palabras en bloque
las palabras sagradas que amo con mi sangre
doctora por favor deme ya en español
mis pastillas antes de que se acaben.*

Palabra de médico

Como indiqué al comienzo de esta introducción, Antonio Pereira tuvo la habilidad y el acierto de atraer hacia la amistad a los médicos que lo atendieron a lo largo de su vida. Algunos de estos mostraron el aprecio por la persona y por la obra del amigo que los visitaba con sus pequeños achaques, en una mesa redonda que la fundación que lleva el nombre del escritor celebró el 8 de mayo de 2013. Fueron cinco los médicos intervinientes: Jesús Viñuela, David Santamarta, José Manuel Caunedo, Clemente González Arabio y Antonio Martínez Llamas. Todos ellos tuvieron a bien entregar las palabras de su intervención, que pasan a este nuevo libro, el sexto de la cuidada colección “Breviarios de la Fundación Antonio Pereira”.

Para Jesús Viñuela, la lectura sirve, entre otras cosas, “para ser mejor y más feliz”. De ahí que recomiende la lectura a sus pacientes, y en concreto la lectura de la “historia clínica” en la que se basa

“La divisa en la torre”, cuento al que ya nos hemos referido y cuyo protagonista es un enfermo en arduo trance vital. El doctor Viñuela medita y discurre en torno al cuento señalado y extrae de él aplicaciones válidas para todos, verdades como que “la vida nace de la muerte” o que “el olvido es la muerte real”, para concluir con una ingeniosa metáfora médica: “Antonio Pereira es un fármaco de amplio espectro sin efectos secundarios”.

David Santamarta centra sus palabras en tres textos de Antonio Pereira que “con el paso del tiempo, se han ido incorporando a mi historia personal, forman parte de mi vida”. El primero, el poema “Cómplices”, que con el título “Pareja de niñas cómplices” incorporó Pereira a su último libro de versos, *Viva voz* (2006); al final del poema puede leerse: “(Para una fotografía de David Santamarta)”. El segundo, un texto en prosa que certifica el amor del escritor por su tierra y que no logro localizar entre los escritos canónicos de Pereira; y el tercero, el hermoso poema que

encabeza *El regreso* y la poesía toda de Antonio Pereira, “Afirmación de vecindad”: “Soy de una tierra fría, pero hermosa...”. Los tres escritos los podemos leer en el texto que nos ofrece el doctor Santamarta.

José Manuel Caunedo evoca su amistad con Antonio Pereira, con el que contó, como presidente del Aeroclub leonés, para la organización de un ciclo de conferencias por el que pasaron, a comienzos de los noventa, los principales escritores de la tierra. Con este motivo nació y creció la amistad y el afecto mutuo. El doctor Caunedo manifiesta su admiración por la persona y por el escritor y propone la lectura de uno de los cuentos de asunto médico de Pereira: “La enfermedad”.

Antonio Martínez Llamas, con la soltura expresiva que lo caracteriza, sintetiza en la ironía “la actitud cotidiana de Antonio Pereira”, una ironía matizada por “el endulzamiento berciano”. De ese talante irónico dan cuenta una serie de anécdotas

vividas o convividas con nuestro escritor, en las que se conjugan tanto la gracia natural de Pereira como la agilidad evocatoria del doctor y escritor Martínez Llamas.

Clemente González Arabio relata sus experiencias de médico con un paciente muy especial llamado Antonio Pereira, cuyas visitas de enfermo derivaron en verdaderas tertulias, mano a mano con el médico; y de la amena conversación nació de modo natural el afecto y el deseo de leer los escritos del paciente. El doctor González Arabio proporciona, además, un texto grabado del escritor en el que Pereira exhibe su gracia habitual.

JOSÉ ENRIQUE MARTÍNEZ

ANTONIO PEREIRA EN “LA DIVISA EN LA TORRE”

JESÚS VIÑUELA LOBO

Siempre me sorprenden las personas que justifican que no leen por falta de tiempo. Es verdad que se requiere hábito y a veces, al elegir, puede uno perderse en el enorme bosque literario. Sin embargo estoy convencido de que leer es una terapia, como indicaba Jovellanos: “ilustración para hacernos mejores y más felices”. Por eso leo, para ser mejor y más feliz.

Conocí a Antonio Pereira a través de Carmen Busmayor. El respeto y admiración que mi amiga le profesaba fue la razón de iniciarme en su lectura, en la que he descubierto que el mundo que

describe seduce, tiene realidad y provoca deseos de emulación, siendo frecuente la elipsis a través de la cual inunda la imaginación del lector.

Con Pereira me sucede algo parecido a lo que me ocurre con Machado, Ángel González, Delibes o Galdós. Sus ideas, observaciones se graban en imágenes en mi memoria. Pienso si no será que rondan los sueños en la noche para despertarme al amanecer. Percibí esta química neurológica placentera y se me ocurrió imitar a aquellos pioneros que ensayaron la anestesia epidural en sus propios cuerpos, antes de aplicarla a los pacientes. De ahí que pensando en tiempos muertos, de espera, en discusiones vanas que nada aportan, incluso encozizan, por la eterna confusión entre lo principal y lo accesorio, y como quiera que la audiencia siempre es de proporcionalidad inversa con cercanía familiar, decidí ensayar en mi consulta.

Por ello inicié hace unos años mi recomendación del cuento “La divisa en la Torre”, pertene-

ciente al libro de igual título, ya que sucede en un trance vital de la existencia del personaje, que sometido a quimioterapia echó el cierre a la escritura, adelantándose a su cantado cierre definitivo en el que su alma poética exaltada recuerda el último día de la vida de Sócrates.

La narración comienza y termina en el palacio de Fefiñanes, en Cambados. Técnica circular que en ningún caso es casual. Recibido por una joven, pez plateado, despedido por la marquesa, madura pero hermosa, describe otro círculo. Los versos del desgarrar por la proximidad de la muerte: “Mi muerte no la sabré, / por qué habría de llorar / la pena que no ha de ser”, recitados en voz temerosa de quebrarse, deja un sentimiento final de liberación y la mirada más sonora de la dama, cerrando otro círculo con mensaje final: “Osar morir, da la vida”.

El hecho mismo de la visita al palacio, no deseada por razón de convalecencia y sin embargo relevante como reparación de su ánimo, sí es

casual. Hecho constante en todas y cada una de nuestras vidas la casualidad siempre es causal o determinista.

Resalta, además, en este cuento la brevedad con magnitud descriptiva: el palacio ocupa dos de los cuatro lados de la plaza, no se necesita decir más sobre el tamaño del inmueble en el que sobresale la sencillez de sus moradores. Abre la puerta una joven que no es del servicio, tiene fría su mano frente al calor de la suya y se mueve como pez plateado que conoce el interior. En la conversación hablan de “casa”, nunca de palacio. Invitado a degustar el vino, con el deseo de compartir conocimientos. Finca del palacio cultivada por viñedo. Patrimonio agrario y talento del que sabe que la tierra necesita raíces y oficio para dar fruto. Ilustración que perdona envidia aristocrática. Dominio escénico de la mujer, marquesa, poeta que oculta sus versos y deslumbra con una mirada que domina mientras desnuda su alma sin malestar pudoroso.

Creo, además, hallar en este cuento una gran lucidez socrática, pues en él se pone de relieve que la vida nace de la muerte. El ejemplo lo tenemos en el cementerio de Cambados sobre las ruinas de Santa Mariña, vivas gracias a los muertos. También el olvido es la muerte real, en tanto la memoria permite el diálogo y complicidad con nuestros seres queridos sin necesidad de su presencia. La hermosa palabra gallega *brétema*, niebla espesa que oculta la luz, pero inunda el entendimiento como el faro del camión de Pedrito que lleno de flores blancas se perdió en su último viaje. Sus lágrimas no por Pedrito, sino por cómo será su entrada en la niebla. Autocrítica. Reconoce su melancolía, que rechaza por ser droga adictiva.

El cuento es una historia clínica que ya nos gustaría en la práctica médica diaria: febrícula vespertina, ageusia o pérdida del gusto, fatiga, cierta irritabilidad y ansiedad, confirmada por el comentario y respuesta a su familia: los que te quieren te agobian; no deberías aislarte, eso te empeora.

Como si tan cerca de la estación Termini importara mejorar o empeorar.

Para terminar quiero agradecer esta invitación a formar parte de esta mesa redonda y afirmo que Antonio Pereira es un fármaco de amplio espectro sin efectos secundarios.

Al recordar su rostro advierto un extraño realce, producto de la conciencia del propio mérito, expresada en sencillez, que, como vaso comunicante se refleja en Úrsula.

TRES POEMAS DE ANTONIO PEREIRA QUE FORMAN PARTE DE MI VIDA

DAVID SANTAMARTA

Me he colado en este evento porque además de sobrino de Antonio Pereira, soy también médico. Voy a contarles tres poemas de Antonio que, con el paso del tiempo, se han ido incorporando a mi historia personal, forman parte de mi vida. Parece ser que Antonio Pereira prefería que se le recordase como poeta, antes que escritor o cuentista; y yo me he inclinado por esta faceta suya.

El primero de ellos data de mucho tiempo atrás. Yo era un estudiante de medicina y hacía muchas fotografías. De vez en cuando pasaba por la casa del tío Pereira en Papalaguinda, así le

llamábamos en casa, con mi carpeta de fotografías recién reveladas. Entre otras cosas porque yo sentía que le gustaban, me las celebraba, que diría él. Para mi satisfacción, alguna de ellas la colgaba en el cuarto donde escribía. El caso fue que una de aquellas fotografías le llamó especialmente la atención y le inspiró un poema.

En la foto aparecen dos niñas medio disfrazadas sentadas frente a la cámara. Al fondo hay una pizarra en la que se refleja la luz del atardecer a través de una ventana. El juego caprichoso de la luz hace que esos reflejos parezcan una máscara. Antonio tituló su poema “Cómplices (o pareja de niñas cómplices)” y dice así:

Estas niñas que miran al ojo que las mira
no darán su secreto ni a un ayuno de alambres.
Será inútil aislarlas o enredar sus mechones
en las más gemidoras cuerdas de los desvanes.
Perderán el azúcar y lo azul del verano.
Besarán las paredes, pero nadie, no, nadie.

Estas niñas que miran, miran como si nunca hubieran roto un pájaro o manchado la tarde.

El segundo poema es en realidad un relato breve. Forma parte del zaguán de la casa donde vivo. Antonio se lo imaginaba allí, en el zaguán, colgando de una de sus paredes. El zaguán es la habitación inicial de la casa, es su primer ventrículo (ya que estoy flanqueado por médicos), el que comunica el interior con el exterior. Lugar de encuentro de lo público y lo privado. Es el lugar de todos los indicios, donde se vislumbra lo que debemos saber de un lugar sin entrar en él.

León y Compañía

Contaré una historia. Era un rapaz en el confín occidental de su provincia, y aun en su pueblo vivía en el barrio extremo (*estremeiro* también oía decir), casi saliéndose del croquis de los jueves.

— Es jueves —decía don Jesús el maestro—, hoy toca el croquis.

Hacia el centro de la pizarra, LEÓN, todo mayúsculas, y alrededor las cabezas de partido judicial que si el cuentista no recuerda mal eran Villafranca del Bierzo, Ponferrada, Astorga, La Bañeza, Valencia de Don Juan, Sahagún, La Vecilla, Murias de Paredes y Riaño.

II

El rapaz amaba a su provincia representada en el encerado. Un día lo llevaron a la capital y vio en la realidad los puentes sobre el río, la catedral y los comercios de muchos pisos, habló con otros chicos y gentes, y su amor creció hasta pecar de excluyente y vanidoso, como si nada comparable hubiese en el mundo.

Aquel que fuera adolescente sigue fiel a su tierra. Pero los años le han enseñado que nada existe si no es en el conjunto de la Creación. Que somos *nosotros* “y la Compañía”.

III

Hay comarcas feraces, naciones y continentes asombrosos, quizá astros habitables. No compiten con lo nuestro: lo avaloran.

Y viniendo a lo contiguo. León tiene vecindad fraterna con tierras de fuerte personalidad. Mejor. Que León sea León, asediada por tantas influencias poderosas, asegura que León es mucho León.

Y para terminar unos pocos versos más. No es la primera vez que los recito en público. Hace poco más de un año nos reunimos en Barcelona todos los neurocirujanos, colegas que nos habíamos formado en el Hospital Clínico, donde se nos invitaba, y así constaba en el panfleto, “a hablar de aquello que más os motive”. Contaba entonces que, después de ir dando tumbos por el mundo, al final uno regresa al paisaje que, de niño, veía por la ventanilla del coche de mi padre. Y me pareció que un buen modo de rememorar la tierra en la que uno ha cre-

cido, la tierra sin más, sin fronteras, y su gente, la gente fuerte, de mirada limpia y pocas palabras, era un poema de Antonio Pereira que se titula:

Afirmación de vecindad

Soy de una tierra fría, pero hermosa.
Aquí la nieve, la esperanza helada
de que se alumbre cada madrugada
el destino difícil de la rosa.
Y me basta. Me basta si esta rosa
que al fin ha de nacer inmaculada
se la puedo decir a quien me agrada
a quien conmigo va y en mí reposa.
Queden en el dorado mediodía
la pronta floración bajo otros cielos
y los mares con lunas navegables ...
Yo, con vosotros. Dando cada día
testimonio de cómo entre los hielos
abre el amor sus minas imborrables.

NACIMIENTO Y CONSOLIDACIÓN DE UNA AMISTAD

JOSÉ MANUEL CAUNEDO GARCÍA

Cuando la Fundación “Antonio Pereira”, y en especial Úrsula, me invitó a esta mesa redonda de “Los Médicos leen a Pereira”, y tuve la osadía de aceptar, no sabía cómo enfocar mi participación en dicho acto cultural, pues mi único mérito para estar era el de ser amigo de Antonio y de Úrsula desde hace muchos años.

Conocí a Antonio Pereira y a Úrsula, de verdad, en diciembre de 1989. Por supuesto que conocía a Pereira, como todos lo conocíamos en León, donde ya en estos años era una referencia cultural de primer orden.

Andaba yo en esta época como presidente del Real Aeroclub de León; a lo largo de los dos últimos años habíamos organizado, de un modo un tanto anárquico, conferencias abiertas a la sociedad leonesa. En ellas participaron Díaz Plaja, Vizcaíno Casas, Martínez Llamas, Martínez Torres, Martín Villa, Nieto Nafría, Arbizu, Cantalapiedra, e incluso Fermín, el dibujante de la Codorniz.

Eran estos años en que los escritores leoneses, empezando por Antonio Pereira, Luis Mateo Diez, Juan Pedro Aparicio, Jesús Torbado y Julio Llamazares, acaparaban numerosos premios literarios a nivel nacional, de los que todos teníamos conocimiento, por la prensa o las noticias en televisión. Se llegó incluso a hablar de un “clan leonés en Madrid”. Pero escribían, salvo Pereira, en Madrid, se presentaban sus obras allí y a León no venían, o nadie los traía, como más tarde me diría Jesús Torbado. “En León no abundan las muestras de afecto a los que, por razones de oficio, que no

por ganas, a veces adoptamos actitudes críticas o disidentes”.

Visto el éxito de las conferencias antes citadas, se me ocurrió que, desde y en el Aeroclub, podría traerlos a León, con el fin de que nuestros socios y no socios pudieran vivirlos y admirarlos de cerca.

Antonio era socio fundador del club, y a él me dirigí, para exponerle esta idea, que a mí se me antojaba harto difícil de realizar. Acogió la idea con un entusiasmo desbordante. En pocos días, ya estaba todo organizado. Me asombró su capacidad de convocatoria, uno que estaba acostumbrado a que organizar un acto médico, mesa redonda o reunión científica llevaba semanas de gestiones, anulaciones y más de una negativa. Antonio me presentó todo cerrado escasos días después; solo quedaban pendientes las fechas de cada conferenciante.

Bajo el título “Los escritores vuelven a casa” iniciamos el 8 de febrero de 1990 el ciclo de con-

ferencias. No podíamos inaugurarlos de un modo más brillante que con la presencia de Ricardo Gullón, recién nombrado premio Príncipe de Asturias de las letras. Don Ricardo hizo un gran esfuerzo para estar, pues se hallaba ya escribiendo su discurso de investidura. Fue un acto cultural de gran repercusión mediática y cultural. Por desgracia fue la última intervención pública de Don Ricardo en León.

Le siguieron a lo largo de ocho semanas Don Ramón Carnicer, que gustosamente se desplazó desde Barcelona; después Don Valentín García Yebra, Don Luis Mateo Díez, Don Juan Pedro Aparicio, Don Jesús Torbado, Don Victoriano Crémer y Don Antonio Gamoneda. Y por último, cerrando el ciclo, Don Antonio Pereira.

Fue sin duda un éxito cultural y mediático, sin precedentes en León que, por desgracia, nunca más se repitió en la vida cultural de nuestra ciudad.

A partir de entonces nació una amistad, un afecto compartido, no solo en León, sino también en Villafranca del Bierzo donde, desde hace años, teníamos numerosos y excelentes amigos comunes. En Villafranca compartimos, desde fiestas de la poesía, vinos en la plaza, alguna que otra merienda en una de esas casas que tan bien describe Antonio en su relato corto “Los pasadizos”, y por supuesto en el viejo parador nacional, ahora totalmente renovado, que lleva su nombre, y en donde es justo recomendar la visita al mural dedicado a él, aunque se precise un guía para no perderse en la infinidad de imágenes que dicho mural contiene, y cuya clave conocen bien algunos, que no todos, los de Villafranca.

Antonio era un ser muy culto, muy inteligente, conversador como pocos, con una especial gracia para decir las cosas. Era una persona tierna, encantadora, que le gustaba que sus amigos le cuidasen y le mimasen. No había en él un mal gesto, una palabra dura, un atisbo de soberbia de escritor

ya consagrado. Era una excelente persona. Este es el Antonio que yo recuerdo como amigo.

He leído muchos de sus cuentos, ahora me estoy iniciando en sus versos. Leyendo a Antonio Pereira, aprendí a leer cuentos. Mejor dicho, rele-yéndole es como aprendí.

Admiro su estilo, la perfección con que Antonio ejecuta las reglas que ha de tener un cuento literario y además ser un buen cuento.

El argumento, que ha de interesar al lector; el movimiento, que es fundamental, pues si no el cuento se cae y deja de interesar; la verosimilitud, pues lo que cuenta tiene que ser creíble, y por último la brevedad, la economía de medios

A todo esto Antonio Pereira añade la complicidad, en todos sus cuentos Antonio nos hace cómplices, nos deja imaginar muchas más cosas de las que él aparentemente nos cuenta.

Antonio, con su casi infinita imaginación, parecía estar siempre dispuesto a producir ficciones, como bien dice Merino: el toque de ternura, el erotismo sutil, en casi todos sus cuentos, el modo de tratar a los curas, a los obispos y a las monjas, hacen de Pereira un autor de cuentos extraordinario. Todos sabemos que Antonio Pereira se está haciendo cada día más grande, cada día es más leído, y estoy seguro que se cumplirá lo que ya hace años escribió Manuel Talens, “que será considerado como el contador de historias más grande que ha dado este país en el último cuarto de siglo”, y de esto hace ya más de diez años.

Su gran amor por Villafranca y el Bierzo, lugares muy especiales, casi mágicos, que sin duda tanto influyeron en toda su vida y en toda su obra literaria; pero no fueron los únicos escenarios de su acción literaria: Astorga, la maragatería, la montaña y por supuesto León. Ese León de los años 50 que describe en el magnífico cuento “El asturiano de Delfina”; en tan solo diez, doce líneas

nos retrata toda la vida social y cultural de la ciudad. Por todo ello esta provincia, esta ciudad estarán en deuda permanente con Antonio Pereira.

En la difusión y conocimiento de la obra de Pereira, la labor que están haciendo la Fundación y Úrsula es verdaderamente encomiable.

Antonio escribió numerosos cuentos en los que los médicos, los enfermos y la enfermedad están presentes y/o son protagonistas. Recordemos títulos como “El oculista”, “Obdulia, un cuento cruel”, “La hija del general”, “La divisa en la torre”, “El ingeniero Balboa” y otros muchos, todos ellos escritos desde el respeto y la delicadeza, por sus personajes o por las enfermedades.

Antonio no menciona las enfermedades, las describe con una precisión envidiable, pero deja que el lector, como siempre en sus cuentos, sea el que diagnostique, aunque en el cuento que voy a leer a continuación “La enfermedad”, Pereira nos confunde y no sabemos muy bien si se refiere al sida, que

es lo que yo creo que es, o a una sífilis. En cualquier caso, en un mínimo espacio, pues es un cuento muy corto, hace un perfecto estudio epidemiológico de la enfermedad, como ya quisiéramos hacer muchos de los que nos dedicamos a esto de la medicina...

La enfermedad

Una mañana indiferente en que el ambulatorio despachaba la retahíla cansina de diarreas de niño y alguna vejiga de viejo y catarros banales que las devotas del seguro llaman andancio, una mañana de esas llegó un hombre joven con su volante y se puso a esperar en el banco alargado como de estación de autobuses.

Era delgado, bien parecido. No se le veía mala cara, si se descuenta el morado profundo de unas ojeras, nada a su edad, quizá la resaca del sábado. Al menos cualificado de los médicos del ambulatorio le correspondió el sobresalto disimulado de percibir un síntoma decisivo. A veces es una intuición. Mandó comprobar, analizar. «No es posible, secreteaban los médicos», «en un rincón del mundo como este». Pero el hombre tenía la enfermedad.

Se trataba de un muchacho del centro de la ciudad, hijo de familia y de costumbres decentes. «Veamos la anamnesis», qué palabreja, y solo faltaba que lo interrogaran con una luz cegadora. «¿Las dolencias infantiles?», querían saber. «¿Y vacunas?» «¿Las amígdalas?» «¿Transfusiones de sangre, alguna transfusión de sangre?» Casi le dio vergüenza decir que era virgen. Tuvo como un arranque de protesta cuando le preguntaron, aunque fuera con muchos rodeos, si se había acostado con hombres, pero se quedó en la negativa y el rubor. Lo pusieron en «sin causa conocida», porque había que informar para el ordenador de datos. Solo las personas indispensables lo supieron y los médicos fueron como confesores, según los juramentos de su religión.

El segundo caso vino rápido y fue algo diferente. Una mujer casada de los arrabales, también de vida honesta. Las conjeturas fueron hacia el marido, que viajaba por provincias un muestrario de bisutería fina. Ella era una casada joven y fiel. El marido tenía fama de honradez en los tratos, pero no era imposible que se hubiera enredado con una camarera de hotel, la camarera solo se acostaría con el gerente, siempre suponiendo, el gerente del hotel salvo esa mínima veleidad se dedicaba por entero

a su señora que por perdonable inclinación había caído con un castrense y este con una enfermera de confianza y la enfermera con un estudiante y el estudiante con su protector y nunca se puede saber. Los médicos tuvieron que hablar con el marido de la casadita de los arrabales y el hombre se dejó examinar y estaba muy sano. Pero no pudo aguantar lo de su mujer, cogió el muestrario y sus cosas y se marchó para siempre. Antes dijo que no le hubiera importado que su esposa se quedara coja, ciega, lo que fuera, pero él no podía sufrir que su esposa tuviera la enfermedad.

Al fin terminó sabiéndolo toda la ciudad, que había dos casos entre los miles de habitantes, y la gente se entregó a la higiene y a las religiones temerosas. Lo que no se sabía es cómo llegaron a relacionarse, después de aquellas novedades, el joven que no había conocido mujer y la señora que se había quedado sin marido. Se pusieron a vivir en casa de ella para allá del río y fue un alivio para la población porque así quedaba el puente por medio.

Pero acaso se han cansado de su lazareto. Ahora los amanecidos vienen al parque y a la plaza de las palomas y

nos inquietan con su felicidad descuidada. Vienen algo pálidos y enlazados, se acarician, alguien los ha visto besarse tranquilamente en la boca como antes se acostumbraba, cuando el amor no estaba amenazado y era una pasión sin guantes.

POTENCIALES EVOCADOS

ANTONIO MARTÍNEZ LLAMAS

El asunto no tiene otra medida: si tuviera que reunir en una palabra la actitud cotidiana de Antonio Pereira, la respuesta sería muy sencilla. Nada de retóricas ni palabras cifradas. Y el término, elemental en su complejidad, disponía de seis letras, aunque con una acentuada circunstancia lingüística que le concedía otro calado: *ironía*. Esa es la palabra que sintetizaba todo: *ironía*. Casi nada la temeridad. Sin embargo, la manera de Antonio Pereira de sortear la realidad bajo el epígrafe de la ironía, alcanzaba su máximo esplendor por un motivo singular, cáustico y sorprendente: el endulzamiento berciano. El hecho de haber nacido

en Villafranca del Bierzo le concedió al maestro esa manera sutil de ver la vida, de dejarla pasar, si bien era una postura que tenía mucho de falso quehacer, porque no hacía pero ejecutaba, callaba pero sentaba cátedra, dialogaba y te permitía meter baza.

Así que, entre otras escenas, no se me escapa de la memoria aquella sugerencia de él hacia la esposa, después de los postres en un restaurante céntrico de León, ya vencida la medianoche. Había habido endivias con anchoas, bandeja de embutidos, croquetas de la casa, pimientos rellenos, chuletón de ternera de Ávila y vino de un pago próximo a Corullón. Sin que nadie lo intuyéramos, surgió el razonamiento. Qué bien. Fue de pronto, como en un arrebato.

— Mejor nos retiramos, Úrsula. Ya es la hora. En la cama siempre se pueden hacer buenas faenas. Invitemos a los comensales que hagan lo mismo, que regresen a sus casas y cumplan como es debido y manda Dios.

Y era un buen consejo. A su modo, Antonio Pereira entendía el erotismo como otra de las manifestaciones de la vida, tal vez no la más importante, aunque sí muy notable. En su obra literaria son frecuentes las incursiones eróticas, ya en aquellos años de los tiempos neblinosos, donde ciertos temas eran solamente sugeridos, porque lo explícito no es que fuera mal visto, pero sí creaba un sarpullido que afectaba sobremanera a los hipócritas que denostaban las andanadas hormonales. De modo que el maestro rebajaba a esos falsos rectos de espíritu, mentirosos del cuerpo también, puesto que es sabido que todos procedemos del mismo barro y nos han cocido en similar horno.

— ¿Crees en el pecado? —le pregunté un día mientras paseábamos por Papalaguinda. El andar obligadamente lento, porque las piernas del maestro ya recibían mal las órdenes superiores. Y había quien pensaba que ese era el andar de los poetas que se entretienen en sus filosofías y andan metidos en raras elucubraciones.

– ¿Me hablas del pecado carnal...?

– En eso estoy teorizando.

– Sabes: hay inventos muy malos –apuntó.

– ¿Es uno el pecado?

– En eso estamos, compadre. La Iglesia ahí hizo un mal invento. Tan malo que no hay mortal que no tropiece de palabra o pensamiento, qué carallo.

– Pero ¿crees en el pecado? –insistí.

– Ni creo ni dejo de creer –polemizó—. El pecado es una palabra que falta en mis diccionarios tanto los de uso correcto del español, como en dos o tres que tengo de sinónimos y antónimos. Yo, ante el pecado, me encojo de hombros, y me acuerdo de don Matías, un cura chocolatero de Bembibre, cuando nos decía a los mozalbetes por la Semana Santa y con la confesión obligatoria: «Lo peor no es el pecado. Lo malo es el camino que nos lleva a la perversión. Pecar es de huma-

nos. Y preparar el asalto es de cristianos bastante torcidos. Así que tocan tres rosarios de penitencia, tunantes».

En fin, una especulación típicamente berciana. Naturalmente, la manera de contestar con un requiebro. Antonio Pereira ponía en boca de otros ciertos razonamientos espesos, como escurriendo el bulto. Sin embargo, esa forma de actuar era un falso disfraz que buscaba examinar al contertulio. Y lo hacía a través de su mirada villafranquina: antes de operarse de la vista, desde sus gafas con lentes exageradas, de esas que hacen mínimos a los ojos; después de su cirugía estética, desde unos globos oculares blandos, ya más grandes y naturales, los propios de alguien que tanto habían visto.

Lo cierto es que era un hombre entregado a la difícil tarea de dialogar sin producir hastío, y lo conseguía a manos llenas. Tal vez sin percatarse de su virtud, Antonio Pereira estaba en un escalón superior a cualquier contertulio, de manera que su

plática era pura docencia. Así, cuando le venía en gana, profetizaba o aconsejaba, y lo ejecutaba con un don congénito que causaba admiración. Eran consejos, opiniones, también advertencias. En una ocasión, mientras tomábamos un chocolate con churros en la calle Ancha, ya muy cerca de la Catedral, no tuvo otra ocurrencia que plantearme un dilema. Afuera había niebla de noviembre, que es la más traicionera con ese conflicto inexplicable de las neumonías.

— ¿Sabes cuál es el peor signo del matrimonio?

— ¿Signo o síntoma? —porfié.

— ¡Signo...! Lo visible, compañero, que el síntoma es secreto y da para mentir.

— Tú dirás...

— Está muy claro. En el hombre el peor signo es tener cara de marido.

Ante la ocurrencia casi me estornudé por la risa.

— ¿Y en la mujer...? —traté de adivinar.

— En la mujer no hay signos. Jamás verás a una casada con cara de esposa.

— ¿A tal extremo llegan las diferencias...?

— Así es, y no hay vuelta de hoja. Si en alguna ocasión ves a una mujer con cara de esposa, es que es una religiosa sin hábitos, de esas que dicen estar casadas con Dios.

Con este tino socarrón y efectivo despachaba las escenas Antonio Pereira. Siempre sorprendente. La frase inesperada, como un dardo en el centro de la diana. Por eso, cuando algo le incomodaba, recurría a una frase directa, algo que terminaba por descolocar a quien parlamenta con él. ¿Había mala intención? No. Solo sabiduría.

— ¿Cómo van las ventas de tu último libro? —me atreví a preguntarle en mala hora. Había llovido, y seguramente la humedad me estaba ablandando las neuronas.

Me contestó sin apenas levantar la voz, mientras despachaba un vermú y sus aceitunas. La mirada algo esquivada, con toda seguridad para no perder de vista a una aceituna que se resistía a dejarse banderillar.

– Entre escritores no proceden las preguntas espesas.

– Disculpa –y me ruboricé.

– No hay delito, amigo mío. Cuando tengas una buena recua de libros publicados, lo que menos te importará será cómo van las ventas del último parto.

– ¿Y de qué tendré que preocuparme?

– Solo intuir que no será el último, porque de confirmarlo ya andarás dando las medidas para que te confeccionen la caja funeraria.

Desde aquel mismo día aprendí a medir las preguntas. Y Antonio Pereira debió percatarse de mi inusual medida, dado que yo siempre había

sido más imprudente que comedido, lo cual era un satélite de la inmadurez. Seguramente, me había estudiado en más de una ocasión, aunque debió hacerlo con buen tino, a lo inspector privado.

– Te veo raro últimamente. ¿Acaso algo de anemia, u otro padecimiento que nos acomete a los hombres con más de cincuenta años? No será la próstata...

– No es cosa de la salud –y me sinceré.

– Pues mucho peor –sentenció—. Porque hay malestares internos, sin órgano concreto dañado, que carecen de tratamiento.

No era raro que hablásemos de las impertinencias de la salud, descalabros que siempre rondaron a Antonio Pereira, aun cuando él podía presumir de una fortaleza de platino. Si bien había sufrido chasquidos intestinales, artralgias varias, bronquios desobedientes y vértigos caprichosos, todo lo sobrellevó hasta el día en que sus piernas se tornaron obtusas, torpes, una gran putadita que

no le permitía pasear a su gusto por la Condesa y Papalaguinda, así como presumir del té al medio-día en la calle la Rúa. De modo que entraron en acción los traumatólogos y los neurólogos. Unos hablaron de operación y otros de rehabilitación. Al fin, triunfaron los cadetes de neurología, los archisabidos residentes con sus sapiencias intactas y atrevimiento de jaguar. Y concluyeron: «Lo esperamos en la planta de pruebas especiales el próximo jueves, señor Pereira».

A mí me lo contó a media tarde, mientras despachábamos dos cafelitos con pastas de Boñar.

— Me han citado, compañero, para *pruebas especiales*. A saber... Si no recuerdo mal, creo que me harán una electromiografía.

— No me dirás que tienes miedo.

— El pánico es que ninguno de aquellos mozalbetes me etiquetó como escritor, y eso que yo estiré el cuello y ensayé una cara de copista medieval —me dijo algo apurado, frunciendo el gesto—. Aquí

si no eres Vargas Llosa o Gabriel García Márquez, cuentas menos que nada.

Naturalmente, certifiqué que su orgullo cervantino había sido vapuleado. Así las cosas, lo acompañé al Hospital de León el día elegido. Me vi obligado, porque la amistad tiene sus peajes. Los pacientes iban a sus asuntos, unos con cara de póker y otros con maneras que invitaban al optimismo. Un celador se entretenía sin ningún disimulo entre las páginas de un periódico, y una mujer de la limpieza canturreaba a Manolo Escobar y el carro que le robaron al artista no aparecía.

– Me iría ahora mismo de aquí, compañero –se lamentó.

– Resiste, Antonio, que tarde o temprano te pedirán un autógrafo.

– No me jodas...

– ¡Ya lo verás...!

– ¿Es que nadie puede reconocerme? Tengo premios autonómicos y ya cumplí los ochenta.

– Paciencia y barajar –le sugerí.

Pero mi consejo cayó en baldío. Como alma en pena enfocamos el ascensor y, al poco, estábamos en la planta de neurología. Curiosamente, nadie entorpecía el pasillo, como si un desastre nuclear hubiera eliminado hasta el último átomo. Recelamos. Los dos.

– ¿Esto que te dice? –me preguntó.

– Atónito estoy –le contesté.

– Carallo, con la neurología. Fíjate: casi siento mejor las piernas y con ganas de correr.

– Es cosa del miedo.

– Es asunto de malas vibraciones.

– No me fastidies.

– Donde esté la placidez de Villafranca del Bierzo...

- En eso estoy de acuerdo.
- ¿No ves que aquí no hay nadie? –apuntó.
- Lo veo y me da cosa, no creas.
- ¿Y los residentes?
- Estarán enfrascados en sus libros.
- Me da mala espina este desierto –señaló.
- Tenemos que tranquilizarnos... ¡Valor!

Después de pasada media hora parecía que éramos los únicos seres vivos sobre la Tierra. Fue en ese momento cuando descubrimos el terror. Enfrente de nosotros había un letrero enigmático, inconcebible. Dos palabras que se asemejaban a la poesía menos convencional, aunque lo esperado en aquel pasillo donde andaría Kafka con sus diatribas mentales y Freud analizando los desórdenes neuróticos por un mal uso de los mecanismos genitales. Allí, adherido a la pared, estaba escrito lo que nadie podía imaginar: ☺POTENCIALES EVOCADOS☺.

¿Era farsa o realidad? ¿Era una nueva manera de llamar la atención? ¿La medicina se había matriculado en un curso para talleres literarios? Nos levantamos y nos acercamos al letrero diabólico. Era cierto: ☺POTENCIALES EVOCADOS☺. Lo leímos cada uno a media voz, como si temiéramos que alguien saliera de alguna esquina y nos regalará un pescozón. Sin embargo, en el pasillo solo reinaba el más absoluto silencio. De modo que se imponía resolver aquel jeroglífico. Y Antonio Pereira se adelantó.

– ¿Tienes contigo el móvil estratosférico?

– Aquí está.

– Busca en Google lo que ya supones.

– A tus órdenes.

– ¡Presto...!

Debo reconocer que estaba invadido por un miedo difícil de relatar. Tecleé en Google: “*POTENCIALES EVOCADOS*”. La respuesta se hizo rea-

lidad en unos segundos, de acuerdo con esa magia desastrosa que sostiene con vida a las redes sociales.

– Ya está, maestro.

– Lee –me exigió.

– *POTENCIALES EVOCADOS: Exploración neurofisiológica que incluye una revisión sensorial/ acústica, visual y somatosensorial.*

– ¡Qué gamilatías! –dijo Antonio Pereira...

– Estoy de acuerdo contigo –asentí-. Además recuerda una cosa: evocar es recordar y traer a la memoria algo percibido.

– ¿Y...?

– Me parece que a quien se someta a esta prueba, ya puede pensar en que está perdido.

– ¡Qué me dices...!

– A ver –y me encogí de hombros-. Seguro que te llenan de cables y más tarde te analizan el pensamiento. Algo así como un detector de mentiras.

En ese momento, desde algún lugar de aquel pasillo siniestro, nos pareció que se oían voces, tal vez un diálogo entre varias personas. ¿Serían los residentes con sus sapiencias extremas? Podría ser.

– ¿Te digo lo que vamos a hacer ? –sugirió Antonio Pereira.

En su expresión se adivinaba algo de desconfianza. O eso me pareció adivinar.

– Tú dirás.

– Pues que nos largamos...¡ya!

– ¿Y la electromiografía? Es por la salud de tus piernas.

– A la mierda mis piernas. Prefiero quedarme en una silla de ruedas, fíjate bien, antes que me escarben en mis secretos. Potenciales evocados...

– ¡Antonio Pereira...!

– Dicho está. Pero si quieres, te quedas.

Así que nos largamos, él con la mosca detrás de la oreja, y yo obediente para no quedarme solo en aquel pasillo para endemoniados.

A DON ANTONIO PEREIRA GONZÁLEZ

CLEMENTE GONZÁLEZ ARABIO

Actuar en último lugar, en una mesa redonda, es muy problemático, normalmente todo está dicho por los que te preceden; de todas formas voy a intentar no repetir cosas ya mencionadas.

Hablar de alguien que escribe cuentos como ningún otro, bien merece un esfuerzo; así que, pidiéndoles disculpas, voy a caer en una tentación. Creo que antes era Epicuro el que decía: “Caigamos en una tentación antes de que se vaya”; así que le voy a hacer caso. Reiterándome en la petición de disculpas, les contaré lo que sigue.

Érase una vez un médico que ponía sus conocimientos y experiencia para remediar los males

del cuerpo y cada vez más del alma a quien se lo demandaba. Un día llegó hasta él un hombre de barba cana y abundante, muy bien cuidada, mirada de pícaro que sus lentes no podían ocultar y que dijo llamarse Antonio. Con mucha educación y ninguna prisa pidió permiso para sentarse y deseó los buenos días. Sonriendo apenas, le explicó al médico que, debido a sus múltiples viajes, nunca había tenido un mismo médico, sino que cada vez tenía que bandearse con uno distinto. Y esta vez le había tocado a usted.

Aseguró que iba a molestar muy poco, porque él solo quería controlarse el efecto de una medicación que un médico, “Catedrático de medicina en Madrid”, le había puesto como tratamiento. El médico puso cara de sorpresa totalmente fingida y dijo.

— ¡Oooh! ¡Catedrático de Madrid! ¿Usted sabe que Madrid es la ciudad del mundo donde más Médicos Catedráticos hay por metro cuadrado?

Antonio sonrió pícaramente y puso cara de complicidad y complacencia.

Una vez que realizó la consulta correspondiente, el hombre de la barba blanca pidió si podía continuar visitándole, puesto que le había caído bien, y así no tendría que volver a cambiar, con las molestias que eso llevaba. Así lo acordaron y así lo hicieron.

Las consultas se fueron repitiendo. Antonio era una persona a la que no le gustaba hablar, y al médico, que había presumido de barba como él y tenía nombre de Papa, como el del Palmar, tampoco le gustaba hablar. Así que las visitas se convirtieron en verdaderas tertulias. El médico nunca consintió los monólogos, iba contra sus principios y, además, la consulta era suya y ponía sus condiciones.

Llegaron a tener tanto afecto el uno por el otro que en más de una ocasión se le oyó decir a An-

tonio: voy a ver a “mi médico amigo”, cosa que en esa profesión se agradece en gran manera.

En una ocasión, Antonio se encontró mal y le pidió al médico que fuera a visitarle a su casa. El médico le encontró muy decaído. Hablaba con la mirada baja, sin mirarle a la cara como siempre hacía. Antonio le contó los múltiples males que le afligían. Le dijo que, además, tenía muchas cosas para leer, pero que no tenía ganas de leer. Que tenía que escribir, pero que no sabía dónde había dejado la pluma.

Al llegar a este momento, el médico cogió del brazo a Antonio y le dijo:

— ¡Don Antonio, lo que pasa es que es usted un vago!

Antonio levantó la cabeza y miró a los ojos al médico; más que mirarle, le hizo un scanner, cogió aire y... Y aquí el médico se asustó, se arrepintió de su osadía y pensó: “Clementín, te la has cargao, ya verás lo que te llama y tú sin el diccionario”. Pero...

lo que pasó fue que Antonio echó una carcajada, de esas suyas que eran llenas, explosivas, sonoras, tartamudas y con coletilla, y cuando terminó de reírse le dijo:

– ¡Pues puede que tengas razón!

Cuentan las crónicas del lugar que el médico salió con mucho rubor y calor por todo el cuerpo de la casa de Antonio.

Y... siguieron siendo amigos.

Decía Manuel Talens, médico como nosotros y escritor, como alguno también de nosotros: “Lean a Antonio Pereira. Les cambiará la vida”.

Pues, efectivamente, a mí me cambió la vida en lo que se refiere a ser lector. Porque una persona como yo, que de lectura más bien poco, digamos que soy lector por los pelos y a poco que se fijen, pues eso, más bien poco. Comencé a leer cosas de don Antonio porque por mi cuenta y riesgo llegué a la conclusión de que una persona tan amable,

que hablaba tan bien, que era tan ameno, tan culto, y que tenía un aspecto tan jovial, por fuerza tenía que escribir bien. En una palabra, él fue su mejor reclamo publicitario para mí.

Su obra era tan fácil de leer... No necesitaba marcapáginas, porque da lo mismo dónde dejes la lectura. A la vez siguiente podía releer, empezar de nuevo, la anarquía es total, y me aficioné a la lectura, o por mejor decir, cogí excedencia de no lector. Y aún sigo pasando unos ratos muy agradables con su lectura.

A esto añadido que, cuando leo, tengo la sensación de que don Antonio me lo está susurrando, oigo perfectamente su soniquete. Es una sensación francamente agradable.

El día que Úrsula tuvo a bien invitarme a esta mesa redonda, al principio le dije a todo que sí, luego me arrepentí, dije que no. Pero Úrsula me tranquilizó (largueza y gran mano izquierda por su parte), me dijo que todo iba a salir bien y que

leyera algo que me gustase de Antonio, pero que fuese corto.

Lo cierto es que me vi en un compromiso. No sabía si elegir algo relacionado con la profesión: “La enfermedad”, “La hija del General”, donde describe perfectamente lo que se decía, para no pronunciar el nombre de enfermedad maldita: “Cosa de pleura”, “un catarro mal curado”, incluso directamente, “la tuberculosis”. O podía elegir alguno de los cuentos más graciosos, como “¡Manos arriba!”. O aquellos que se refieren a sus experimentos para ser empresario. No me extraña que su padre dijera: “A ver si este niño hace la mili y se reengancha, porque si no, se muere de hambre”. Dejo aparte los de sus novias, porque me parecen excesivas, cosas de novela. Es prácticamente imposible que ligase tanto y tan variado. A mí me parece que se había instalado en el vicio de la mentira.

He decidido, pues, leerles algo que no está publicado, pero que sí está leído (no hay ninguna sorpresa) por el mismo don Antonio Pereira. El texto está transcrito de la grabación del “Homenaje a Antonio Pereira” celebrado durante el VIII Congreso de Literatura Leonesa que tuvo lugar en el Hostal de San Marcos (jueves, 2 de octubre de 2008). Y dice así:

Gracias por esta apoteosis que me habéis dedicado en el día de hoy, y que me tiene, no diría yo que fuera de sí, porque yo hablo muy bien, sino fuera de mí y con algún trastorno psicomático más de la cuenta.

Gracias, repito.

Ahora, me pregunto, todo esto tan maravilloso ¿vale para algo? Es decir ¿vais a comprar más libros míos? Porque siempre los editores me engañan o es que las cosas no van como deben ir.

Segunda cuestión: ¿Todo este éxito va a servir para que los mandones que andan por aquí, que organizan todo esto, los soreles, las asociaciones,

los grandes mollás, esto valdrá para que me gestionéis algún premio nacional?

Y ya si no puede ser eso, pues a ver, la representante, esta chica tan mona, de parte del Alcalde que vino, pues a ver qué me hacen en el Ayuntamiento. Una estatua. Digo yo. Más bien alta, porque prefiero el agravio de las palomas que las de los niños gamberros.

De todas las maneras, el ensanchamiento de mi corazón y las satisfacciones que hoy he recibido aquí son mayores que ninguna otra cosa y aquí vendría en todo caso, pues ni más ni menos que para estar con vosotros y para esta satisfacción inigualable.

Este es Antonio Pereira González. El de marca, no el genérico. Irónico, burlón, inteligente, sagaz, gran conocedor del lenguaje vivaz y de gran riqueza, que domina maravillosamente. Todo un paisano, que diríamos en mi barrio. Para mí, un buen amigo, un gran escritor y una magnífica persona.

Me pide el doctor Santamarta que lea el cuento “¡Manos arriba!”; lo hago con gusto, pero solo leeré la parte final, que es la más graciosa:

No, no, eso no lo había visto yo nunca, la mujer que se planta en medio del cuarto y mirándome derechamente se saca entero un seno, qué seno ni qué leche, una teta enorme que sostenía con sus dos manos apuntándome con el pezón oscuro, ¡*Manos arriba!*!, obedecí por instinto, como si alguien con un revólver hubiera gritado realmente la orden.

Nunca me vi más ridículo. Así se me quitó la manía de la cantidad, ahora me gustan las modelos más planchadas de las pasarelas.

Muchas gracias.

